

# cuento

## TE RECONOZCO, CESAR

Galó Galázarza

Cuando me desperté a las seis de la mañana, me acordé de mi hermano César. Él me había escrito una carta desde la cárcel y me había dicho que me escribiera cuando saliera. Yo le había escrito una carta y le había dicho que me escribiera cuando saliera. Yo le había escrito una carta y le había dicho que me escribiera cuando saliera. Yo le había escrito una carta y le había dicho que me escribiera cuando saliera.



llevé a la manifestación del 10 de Mayo. Cuando me desperté a las seis de la mañana, me acordé de mi hermano César. Él me había escrito una carta desde la cárcel y me había dicho que me escribiera cuando saliera. Yo le había escrito una carta y le había dicho que me escribiera cuando saliera. Yo le había escrito una carta y le había dicho que me escribiera cuando saliera.

Todas las tardes cuando regreso de la Universidad salgo a caminar por el barrio. Apenas estoy en la calle me pongo a silbar con todas las fuerzas, como me enseñó el Anibal esas vacaciones largas que pasé en su casa del monte. Entonces veo que aparecen las cabezas de mis panas por atrás de los vidrios, en medio de las cortinas corridas, por sobre las terrazas y, haciéndome señas con las manos, me dicen que me aguante, que ya me siguen. Así nomás es mi gallada: dos silbos largos en la calle, unas señas, unos gritos y ya está.

En la Universidad la cosa es suave. Nada que ver con el cuartel. Uno llega de mañana, se reúne en el corredor con los compañeros del curso y se sale a tomar sol en el patio. Ahí se conversa de todo, de política, de fútbol, de hembras, se manda al carajo a todo el mundo, comenzando por los altos y terminando con los otros compañeros que no están en nuestra onda. Después se va a clase, lo lindo es que los profés casi siempre faltan y uno se tiene la mañana entera para andar metiendo relajo por la U. Se bacila a las peladas, se pegan carteles si hay elecciones, se reparten volantes o se les busca bronca a los zanahorios. La U es chévere. El trabajo que le encargan a uno es bacán, pero un poco peligroso.

MI VIEJO ME DECÍA A MI Y A MIS HERMANOS QUE NOSOTROS nacimos para militares. Que nuestra pinta era por herencia de soldados de la Patria. Me acuerdo que todas las mañanas nos hacía formar en el patio por orden de estatura. Nos ordenaba que nos saquemos la camisa y los zapatos. Primero le hacía parar a mi hermano Alfredo, después a mi hermano Gustavo y al último a mi, por ser el más omoto. Cuando estábamos formados, él gritaba: "Al trote mis soldados" y nosotros comenzábamos a correr en torno del patio, repitiendo a gritos parejos las palabras que él iba soltando desde su banca patoja. Después comenzaba a gritar las palabras que le habían metido en la cabeza en el ejército: "Mis valientes, la batalla, les ganamos". Mi viejo tenía la voz ronca y fuerte. Cuando no repetíamos a todo pulmón lo que él coreaba, saltaba de su asiento, agarraba una vara pelada de eucalipto y nos seguía dándonos golpes en la espalda desnuda: "Como hombres, mariconcitos" nos insultaba. "Tienen que contestar como varones". Pobre viejo, qué se hubiera imaginado que sólo yo me inclinaria por el camino de las armas. Ninguno de mis hermanos se hizo soldado de la Patria, como él quería. Los dos se fueron en busca de mejor vida al exterior: uno a Venezuela y otro a los Ynaites.

Con mis panas jugamos indor en la calle, nos pegamos bielas donde don Lucho y nos vamos al fútbol cuando juega el idolo. De ahí no pasa. Mis panas son buenas gentes: bulliciosos, peleadores, pero sanos. Ellos, igual que los de mi casa, tampoco saben de mi movida.

Mis compañeros de la U tampoco la calan. Una vez nomás el Carlos Rebríjal me preguntó que de dónde había sacado la pistola que llevé a la manifestación del 1o. de Mayo. Cuando me preguntó puso una cara medio sospechosa. Yo le dije que era herencia de mi viejo que había sido militar retirado. "Tu viejo ha de ver sido de la Seguridad Política me respondió porque esas pistolas sólo les dan a esos desgraciados". El Carlos se las sabía todas. Para qué también, era el más honesto de toditos. Hablaba con el corazón el hombre, sintiendo lo que decía. Los otros eran, como nosotros, sapos oportunistas que andaban repitiendo como loras lo que leían en los libros que les pasaba el Carlos o que nos recomendaba algún profesor. Sólo el Carlos Rebríjal, como comprendiendo todo desde atrás de sus ojos dormidos. Ojos de borrega ahorcada que sospecharon de nosotros desde el comienzo. Sólo él, explicando con claridad las cosas, dando las ordenes precisas en las manifestaciones, haciéndonos esas preguntas de doble filo para ver si nos sacaba algo.

Cuando llegaron las elecciones, sabíamos que el Carlos ganaba de lo que no había. Barria con los demás candidatos. Y eso les contamos a los jefes. Entonces ellos, viendo que ya se había vuelto demasiado peligroso, nos ordenaron que le busquemos esa misma noche en su casa y le metamos bala. A mí francamente me dio pena matarle, porque el man se hacía querer, era buena gente, pero las ordenes son ordenes y los jefes saben lo que hacen. Esa noche le agarramos saliendo de su casa a eso de las ocho. Cuando se vio rodeado, se arriño a la pared y nos quedó mirando a los ojos de uno en uno. Nadie se atrevía a disparar primero. Cuando puso sus ojos en los míos, pareció que me dijo: "Te reconozco, César" y yo, apretando los párpados, le descargué la rafaga en la panza. Esa

noche me emborraché como un perdido y amanecí tirado sobre una mesa de la cantina de Don Lucho. Me desperté a las siete de la mañana con la bulla que hacían los que limpiaban las mesas y me acordé que la orden de los jefes había sido ir ese día a la U y armar el relajaso, culpándoles a los del otro grupo político de la muerte del Carlos. Le pedí a Don Lucho que me preste el baño, me lavé bien, me pegué dos alcázeleres con leche y me fui a la U. Cuando llegué toda la gente estaba amontonada en los corredores comentando la muerte del Carlos. La mayoría llevaba un periódico donde aparecía la foto de él y un enorme titular que decía "LA VIOLENCIA VOLVIÓ A LOS PREDIOS UNIVERSITARIOS. ANOCHE MATARON A DIRIGENTE REBRIJAL". Ya había ido una delegación a traer el cadáver del Carlos para velarlo en el paraninfo. Yo me junté al grupo donde estaban los más capos. Pedro Alfaro me dijo apenas me vio: "César, hoy les metemos bala a los conches madre, le mataron anoche al Carlos". Yo saqué los ojos y le respondí alzando la voz para que me oigan todos los que estaban en el corredor: "Si le mataron a mi hermano, ahorita mismo les meto bala a estos hijueputas" y sacando la pistola comencé a disparar al aire en medio del corredor, gritando entre la gente que corría a esconderse tras los postes: "Hoy marchan cabrones, hoy marchan".

Después vino el velorio, los discursos, las lágrimas, los juramentos de venganza, pero de ahí no paso. Al siguiente día les rompimos la cara a tres chinos. Al cuarto día le tuve que amenazar al viejo del Decano porque quería expulsar a dos de los nuestros. Pero eso fue todo. A las tres semanas la gente de la U se había olvidado del Carlos Rebríjal. Sólo a mí se me quedó prendida su mirada rabiosa de "Te reconozco, César", que me atormentaba hasta de dormido y aléjv si está b cansado o sea, o sea, es eridmo. La asada al no  
Pero eso no es todo. Este trabajo es suave, pero peligroso. Los jefes nos llamaron y nos dijeron que teníamos que cumplir una orden que venía de lo alto y que si nos salía bien nos daba una paga extra y unas vacaciones pagadas al exterior. La misión consistía en pegarle una trompiza a un político y meterle un poco de plomo en las patas, porque dizque andaba jodiendo mucho al Gobierno. Yo al comienzo me agüé, porque el político ese era un tipo conocido y con muchos tronques. Ya después, viendo que se metían en el asunto, los más gallos y que teníamos el respaldo del alto mando, no me dió tanto miedo y dije que bueno, pero que la plata en líquido y las vacaciones largas. Pensé que esta era la oportunidad de llevarle a mi mujer a conocer Colombia. Ese era el sueño de ella: ir a meterse en unas catedrales de sal que dizque hay por allá. Cuando llegué de noche a la casa le dije a mi mujer que si estaba de buena espalda, la próxima semana conocería las catedrales de sal colombianas. Ella creyó que estaba jumado y acariciándome la cabeza me dijo: "Estas mamado, ¿eso cues ta harta plata y de dónde haz de sacar la lana?" y yo, apretándole la mano, le respondí: "No estoy mamado mi negra, de por ahí nos va a caer un santito".  
El día que debíamos cumplir la misión encomendada, vino a verme bien demañana el Javier Lituma, al que decíamos "El Gancho", porque él era quien sabía todo el rollo y era el contacto con los altos mandos. César dijo a las siete y media nos encontramos en el pasaje Daule, al frente de la carnicería. No digas a nadie nada, ni siquiera a tu mujer, y ven armado.

Nada más dijo el Gancho, me estiró su mano sudorosa y subió a la furgoneta. Todo el día pasé nervioso, sin hallarme en ningún lado. Me fui un rato a la U, pero no encontré a nadie conocido, después me fui donde unos parientes que viven por ahí cerca. Por la tarde me junté con los vagos del barrio a jugar indio. Nos pegamos dos partidos hasta que se hicieron las 6. Ahí mentí que me había lesionado y me fui renegando a mi casa. Me cambié de zapatos y de camisa, me lavé un poco la cabeza y la cara, me puse la chompa negra, agarré la pistola y salí. Cuando estuve en la puerta mi mujer me gritó: "¿A dónde vas César?" Nunca me pregunta a dónde salgo y por eso no atiné a responder. "¡Ya vuelvo mierda!" le grité y tiré la puerta. Me estaban esperando el Gancho y otro tipo al que nunca había visto metidos en la furgoneta, llevaban gafas oscuras y en los cuellos de los abrigos levantados, tapándose la cara. Más atrás estaba el Gorky Ramos piloteando una moto roja. Subete con el Gorky y sigúenos me ordenó el Gancho.

El viento me iba estirando el pelo hacia atrás y se me pegaba en la cara como llamarada. La camioneta que manejaba el Gancho se paró en la esquina de la Ambato y este, sacando la mano izquierda por la ventana lateral, nos hizo señas para que nos adelantáramos. "Ahí está, bajándose del auto", dijo en voz baja. "Anda César, te toca actuar." Yo salté de la moto y crucé la calle a la carrera, me acerqué al viejo por detrás y le golpié con la cacha de la pistola en la cabeza. El hombre se tambaleó, pero alcanzó a darse la vuelta y sujetarme de la camisa con una fuerza de demonio. Entonces, yo disparé un tiro, después otro, hasta que descargué todo el tambor en el cuerpo vestido de blanco que cayó de espaldas a la calle y comenzó a patear en medio de un charco de sangre. Yo veía todo negro y la cabeza me daba vueltas. Como lelo me crucé la calle y busqué desesperado la moto. Me subí en el aparato que ya estaba en marcha y me abracé con todas las fuerzas al cuerpo del Gorky. "Vuela hermano, vuela que le maté al viejo!" le dije tartamudeando. La moto arrancó a toda y saltó hacia adelante esquivando las gentes y los carros. "A mi casa, a mi casa", le iba murmurando.

El camino se hacía interminable. Cuando senti que la moto se paró y el Gorky me dijo: "Llegamos César, bájate. Estuviste salado, se te fue la mano con el dientón", yo me lancé hacia un lado y me fui sobre la puerta de mi casa. Arrimé la cara en la tabla y lancé dos golpes que se estrellaron secamente contra la madera. Sólo veía sombras y entre la obscuridad los ojos brillosos del Carlos Rebríjal, que me decían: "Te reconozco César, te reconozco, César", las manos ensangrentadas del viejo que salían en la noche para agarrarse como tenazas a mi camisa, y todo dando vueltas, y todo era negro y sangre. Yo quería gritar y no salía la voz, quería correr y los pies me pesaban. De pronto, se abrió la puerta y se prendió la luz. Era mi mujer que me miraba asustada. Yo le abracé casi desvanecido y le alcancé a decir: "Esto se acabó mi negra, mañana mismo nos largamos. Te llevo a Colombia a que conozcas las catedrales de sal". "No ha de ser mijo me respondió ella, con los ojos llenos de lágrimas adentro te están esperando tres policías para llevarte preso, porque dizque haz matado a un señor muy importante".